



PUNTO DE ENCUENTRO

Raúl Fraga Isasa

PUNTO DE ENCUENTRO



Primera edición: marzo 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Raúl Fraga Isasa

ISBN: 979-13-87612-70-2

ISBN digital: 979-13-87612-71-9

Depósito legal: M-5832-2025

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

GALERÍA DE PRESOS



Gloria Aguirre	
	Ana Goich
Maricarmen Santos	Castor
Popeye	
Carme Alos	
	Rufo Cortina
Jafari Basir	
	Emilio Martínez
Emilio Cuesta	Alondra
Safari	Koro
	Peladilla
Víctor Mas	Néstor

1

Había conseguido el trabajo ¡Al final había logrado encontrar algo cerca de mi preparación! Me había costado, las cosas no eran ahora fáciles. Me llamaron por teléfono y me citaron para el jueves a las diez en la oficina de Instituciones Penitenciarias, y allí acudí puntual y con el mejor aspecto que creía que podía dar.

—Es usted muy guapa.

No supe si tomar aquello como un halago o como una expresión machista, así que me limité a sonreír de compromiso y a poner cara de niña buena, y después a escuchar lo que me comentaba. En resumen, me decía que habíamos sido seleccionadas tres personas y que todas podíamos empezar a trabajar el lunes si el puesto nos interesaba, era en Madrid y el contrato tenía una duración de un año y con muchas posibilidades de renovación si cumplíamos bien. Se trataba de un hombre mayor, alto y de cara bonachona, rematada por unos bigotones que apuntaban a estilo mexicano. Su nombre era Tomás, Tomás Toledo, y llevaba en su camisa, bordadas en azul, las letras T T, me hizo gracia ese detalle. Se portó bien conmigo, me habló sobre la prisión que me habían asignado, estaba fuera de Madrid ciudad, pero no demasiado.

—Es un centro experimental, en eso ha tenido usted suerte, se puede hasta divertir.

¿Qué era eso de divertirme? No lo podía entender, una cárcel no era un sitio divertido, era el sitio menos divertido del mundo. Bueno, tampoco lo era un hospital.

Salí a la calle respirando distinto que cuando entré, las sensaciones eran diferentes, más relajantes, más positivas, mejores. Eso parecía, por lo menos. La verdad es que mi vida no había rodado demasiado bien, los cinco últimos años había ido de tropiezo en tropiezo: me fui de dos trabajos, uno porque me echaron y otro porque no lo pude soportar; terminé mi relación con Alfredo, de una forma muy diferente a como yo la hubiera querido terminar, y el día trece del mes de marzo cumplía ya los treinta y tres años... ¡Joder, iba lanzada hacia los cuarenta! Sin embargo, no debía y no quería pensar ya en el pasado, aunque fuera el del día de ayer, sino que tenía que organizar mi futuro que, por lo que parecía, no se iniciaba ahora nada mal.

Entré en la primera cafetería que encontré a mi paso y pedí un chocolate con unos churros, esa mañana solo había tragado un mal café antes de salir de casa y mi estómago me pedía marcha; me recogí en una mesa medio oculta en una esquina y disfruté lentamente de mi desayuno, mirando sin fijeza a los demás. El ronroneo de las conversaciones y el murmullo de una televisión no muy lejana era el único fondo sonoro que llegaba a mis oídos. Después, me marché a mi casa y me tumbé, tal como llegué, encima de la cama. Un sueño dulce me envolvió y casi, casi me quedé dormida hasta el mediodía.

Ese día, comí con mi prima Sara, que era unos seis o siete años más joven que yo y aún tenía amigos con muchas ganas de juerga, y me incorporé a ellos todo el fin de semana.

—Aún sigues viva, prima.

—Aún soy y me siento joven, Sara, y ahora más.

—Eso díselo al cubata y no a mí.

—Eso te lo digo a ti y me lo digo a mí también, el cubata es circunstancial... Además, no he bebido tanto, solo dos copas en toda la noche.

—Lo que hace ahora el conseguir un trabajo.

—Lo que hace el ser independiente, el poderse mantener así.

—¿Te gustará el puesto que has conseguido?

—Me gustará. Y, si no, haré que me guste.

—¿Tú crees que eso se puede hacer?

—Lo intentaré, por lo menos.

El domingo me volví a casa después del aperitivo del mediodía, me desnudé completamente, me di una ducha templada y me arrojé tal cual sobre la cama, envolviéndome después con la sábana.

El lunes, a las nueve y media de la mañana, aparcaba junto a la fachada frontal de la cárcel de Torrelaguna. No iba nerviosa, pero tenía miedo, y creo que el miedo era, sobre todo, de mí misma.

—Elda Simoneit... ¿Es usted española?

—Sí, sí lo soy, soy de aquí, de Madrid. Mi abuelo era lituano, por eso le suena el apellido un poco raro.

Aquel hombre me miró inquisitivamente, se notaba que estaba acostumbrado a desconfiar, yo no sabía tampoco quién era, simplemente me habían pasado allí en cuanto en la entrada les enseñé mi carnet de identidad. En el rótulo de la puerta solo había un nombre, en letras blancas sobre una placa negra de plástico: Gerásimo Enciso. El despacho era pequeño, la mesa era pequeña y solo había allí una silla, aparte de la que ocupaba el tal Gerásimo, y una mínima estantería prácticamente vacía. Leyó despacio el informe sin levantar la vista del papel y, en un momento determinado, me miró extrañado y se dirigió a mí en un tono que me pareció poco cortés.

—Pero, ¿qué hace ahí de pie todavía? ¡Siéntese!

Y yo le hice caso y me senté.

—Esta es una cárcel pequeña y de carácter experimental, solo hay quince reclusos y, por el momento, no va a haber ninguno más. Es, además, mixta, hay cuatro mujeres aquí y están mezcladas con los demás, no existe ninguna diferenciación. Tres turnos de vigilancia con tres funcionarios asignados a cada uno y dos empleadas para cocina y limpieza.

—¿Es usted el director?

—Hago las funciones de ello, aunque nadie me ha dado ese cargo. También hago todas las funciones administrativas y sanitarias. Como verá, somos casi una familia, ya nos irá conociendo.

Lo que menos me gustaba era tener que vivir allí, el viernes a la una y media del mediodía podía volverme para Madrid, y el lunes a las nueve de la mañana tenía que estar de nuevo en el penal. Mi habitación no era muy allá, pequeña y mal orientada, pero, por lo menos, tenía vistas; se veía un paisaje castellano de enebros y encinas y, al fondo, la Sierra. Eso me gustaba, aunque varios de mis libros los tenía que colocar en el suelo y el aseo era incómodo y pequeño: para ducharte tenías que sortear el lavabo y todo se ponía perdido de gotas de agua. Nunca he sido una persona exigente y me he sabido adaptar a las circunstancias, y esta vez, también.

Geren no comía con nosotros, no sé ni siquiera si comía la comida normal o se alimentaba de otras cosas. Yo, al principio, pocas veces le vi en esa situación. Le llamo Geren porque todo el mundo le llamaba así allí, incluso dirigiéndose a él directamente; estoy hablando del director, de Gerásimo Enciso. El trato con él se limitaba casi siempre a su despacho y yo no sabía las horas en que estaba, ni si dormía también allí en el centro, pero casi siempre que traté de dar con él, lo conseguí con relativa facilidad. Noté que era muy seco con todo el mundo, pero conmigo intentaba esforzarse por parecer más agradable, cada día un poco más y... casi, casi lo lograba, a veces.

Las primeras que se acercaron a mí fueron Chely y Katy. Una era mayor y entrada en carnes, y la otra con muy buena figura y bastante más joven; las dos parecían muy simpáticas y trataron de que me encontrara como en mi casa: me preguntaban si me gustaba algo antes de servirme y buscaban casi siempre alguna cosa rica para darme algún capricho, un bombón, un poco de chocolate, unas pastas... Yo no sé realmente de dónde lo sacaban, aunque estaba ahí, en mi bandeja, cuando me sentaba a comer.

Entre los funcionarios de prisiones parecía haber de todo, había dos mujeres entre ellos en turnos distintos, Alicia y Jana. A esta última, yo la conocía de algo y, aunque no recordaba de qué, estaba absolutamente convencida de que era así. Los otros siete eran hombres, jóvenes casi todos, igual que las chicas, menos Eusebio,

al que solo le faltaban dos años para la jubilación, aunque parecía tener menos edad. Alicia, Andrés Guijarro y Eusebio, enseguida se acercaron a mí y me trataron de forma cordial; los demás tardaron más e, incluso un par de ellos, ni siquiera me dirigieron la palabra en la primera semana.

Con los reclusos no tuve casi trato los primeros días, los veía en sus habitaciones, cada uno a lo suyo, y no parecía que me prestaran demasiado interés. En el patio no demostraban ser muy conflictivos, los más jóvenes jugaban al balón entre risas y bromas, y otros permanecían sentados leyendo alguna revista o hablando entre ellos. Uno me llamó especialmente la atención un día porque empezó a fijarse en mí, sin apartar la vista en todo el rato que permaneció en el exterior, casi hora y media. Fue el viernes por la mañana, un poco antes de marcharme yo a Madrid. En principio, no le di importancia al suceso, aunque, cuando llegué a mi casa, después de haber comido en el bar de abajo, y me tumbé un rato en mi cama buscando la comodidad del descanso en un buen colchón, el sueño me volvió a llevar a los ojos fijos de aquel sujeto y escuché clara y nítida su voz:

—Hola, Elsa, no creas que nos has pasado desapercibida, estamos todos pendientes de ti.

—No me llamo Elsa, sino Elda, fue un capricho de mis padres, les gustaba ese nombre.

—Perdona, no lo sabía, nadie nos dijo tu nombre. Alguien lo escuchó de alguien y no lo interpretó del todo bien.

—No tiene mucha importancia, la culpa es, en todo caso, mía por no haberme presentado a vosotros, la semana que viene lo haré. Estos días he estudiado vuestros expedientes para, teóricamente, conocerlos un poco mejor.

—Mi nombre es Castor y hablo poco, me cuesta mucho hablar y relacionarme con los demás, pero he adquirido una facultad en la que me desenvuelvo bien. Lo notas, ¿verdad?

—¡Joder! Claro que lo noto. Me ha sorprendido mucho encontrarme contigo aquí.

—Lo siento, es que yo soy así, ¿sabes?

—Espero que no te puedas meter en mis intimidades.

—No sé... intentaré no hacerlo, por lo menos.

Cuando desperté lo hice de forma confusa, no sabía bien dónde estaba y, poco a poco, fui intentando entender aquellas voces. ¿Entender el qué? Eso todo había sido un sueño, pero... ¿seguro que eso había sido todo un sueño? Parecía tan real...

A las nueve de la noche debía de ir al barrio de Montecarmelo a una especie de supercumpleaños. Mi amigo Ernesto Pellicer cumplía los cuarenta y su pareja, Sacha, le quería hacer una fiesta secreta, citándonos a los amigos en su casa. Su hermano Javier le había llevado al estadio de La Peineta y, teóricamente, a las nueve y media volvían los dos. No me apetecía mucho salir, estaba cansada, pero hice un esfuerzo y me duché para despejarme. Me vestí lo mejor que pude, me arreglé un poco el pelo y la cara, y bajé decidida a la calle. ¡Joder, hacía frío! Y no iba suficientemente abrigada, aun así, me dio pereza volver a subir al piso y continué hasta el coche, que no estaba cerca, afortunadamente, en Montecarmelo se aparcaba bien y lo hice muy próximo a la casa de mis amigos. Vivían en un piso bajo con un jardín de casi ciento cincuenta metros cuadrados y habían cerrado por lo menos cuarenta con una cerrajería de cristal, aprovechando el porche. Y, ahí y en el salón, abierto a este espacio, se celebraba la pequeña fiesta.

Ernesto y Javier no habían llegado, eran las nueve y cuarto aún, pero había allí más de treinta personas, yo no conocía ni a la mitad. Me pusieron una cerveza en la mano sin pedir nada.

—Así que eres psicóloga, vaya... Y ¿dónde trabajas?

Un tipo alto y con unas gafas algo extrañas me había empezado a hablar, no conocía de nada a aquel individuo, pero le contesté.

—Acabo de empezar a trabajar en la cárcel de Torrelaguna.

—Ah, mira, en Torrelaguna. Ahí conozco yo un sujeto que pasó por mis manos, se llamaba... Mas, eso Víctor Mas.

—¿Funcionario?

—No, no, es uno de los presos. Supongo que seguirá allí, tenía una larga condena.

—No conozco aún a la gente, estoy allí desde esta semana. ¿Es amigo tuyo?

—No, no, yo intervine en el proceso, soy abogado, mi nombre es Carlos Ruiblas.

En aquel preciso momento apareció Sacha para comentarme algo y, el tal Carlos, desapareció de allí y me volví a quedar sola, no me importó demasiado, me acerqué hasta una mesa y dejé la cerveza sin casi haberla probado.

Llamaron a la puerta y Sacha nos pidió casi en silencio que nos escondiéramos en los laterales, debía de venir ya Ernesto. Efectivamente, entró en el salón desde el vestíbulo, detrás de Javier, y se vio abrumado por un grito general de «¡Felicidades!» que salía desde todos los ángulos de la habitación. Besos, abrazos, regalos... Apenas tuve ocasión de hablar con él, luego cantamos y, después de la tarta, algunos bailamos siguiendo una música no demasiado bien seleccionada.

—Ya sé que tienes trabajo, enhorabuena, no sé qué tal estará eso de las prisiones.

Me volví y era Ernesto el que ahora se fijaba en mí.

—Bien, por el momento bien, aunque acabo de empezar.

—Otro día hablaremos un poco más, porque hoy parece imposible.

—Sí, sí, no te apures, yo te llamaré y hablaremos.

Ernesto había estudiado conmigo en la Facultad y ahora dirigía un gabinete que tenía cierto éxito, me interesaba hablar con él, era un hombre inteligente y preparado.

Llegué a casa más tarde de lo previsto, con el estómago cargado y la cabeza más cargada aún; hice una manzanilla con anís y me senté ante la tele para tomarla lentamente, apoyé la taza caliente sobre mi estómago mientras la bebía y, cuando terminé, la dejé en la cocina y me acosté directamente sobre la cama. A los cinco minutos decidí levantarme, quitarme la ropa y meterme debajo del edredón. Estaba mejor así.

No soñé nada, pero me sentí observada; estaba dormida, pero me parecía que me miraban... y no era en una sola dirección sino desde varias... Joder, ¿cómo podía ser eso así? Cuando desperté, lo recordaba perfectamente, aunque entonces ya no me sentía observada, pero... ¡eran todavía las ocho y media de la mañana, joder, y estábamos a sábado! Di un par de vueltas en la cama y me volví a dormir, entonces sí que descansé bien, lo necesitaba.

El lunes, al llegar al penal, intenté empezar a conocer a los presos, saqué sus fichas y llamé a Eusebio, el funcionario de prisiones más antiguo y que, además, se daba la circunstancia de que, en ese momento, se iniciaba también su turno de trabajo. Compartía ese turno con Jana y con un hombre alto y silencioso que se llamaba Martín.

—Gracias por venir, Eusebio, no quiero molestarte mucho.

—Usted no molesta, está trabajando como yo, pregúnteme lo que quiera.

—Gracias otra vez. Mira, estoy intentando conocer un poco a los presos antes de relacionarme directamente con ellos y sé que tú llevas ya mucho tiempo por aquí. Quiero empezar por dos de ellos: Víctor Mas y Castor.

—Castor, sí, y Víctor, los conozco bien a los dos, llevan tiempo aquí.

—¿Sus condenas son muy largas?

—¿Largas? Aquí no hay nadie que tenga menos de veinte años de pena, son casi todos asesinos.

Las afirmaciones de Eusebio realmente me impresionaron, no me esperaba algo así: Castor había matado a un matrimonio holandés en Alicante para robarles unas joyas que se valoraron en menos de mil euros. Y Víctor Más fue detenido colocando explosivos de gran potencia en un centro comercial. Mi mente entró entonces en un campo de ánimo diferente y me volví más temerosa y precavida.

—Esto es un penal de seguridad, señorita Elda, aquí todos son culpables de delitos horribles, son unos bichos. Otra cosa es que a nivel personal o a nivel de trato sean mejores o peores...

—Ya, Eusebio, pero los antecedentes ponen los pelos de punta. Y ese apelativo de Castor, ¿de dónde procede? ¿Cuál es su nombre completo?

—No se sabe, nadie sabe nada de él ni tiene ningún documento.

—¿Cómo es posible eso?

—Pues no lo sé, pero es así y, como es autista, tampoco se le puede sacar nada.

—¿Y cómo se le pudo defender en el juicio que le condenó?

—Tuvo un abogado de oficio y todo el rato intentó presentarlo como deficiente mental.

—Y no lo consiguió, entonces.

—No... si no, no estaría recluido aquí.

No quise preguntar más, aquella información fue, por el momento, suficiente. El trabajo me pareció muy distinto después de esa charla con Eusebio, no tenía nada claro cómo actuar y me daba mucho miedo tratar con ese tipo de personas. Creo que mi cambio se notó bastante, porque una de las funcionarias, Jana, se dirigió a mí al pasar justo a mi lado.

—¿Te pasa algo? No tienes buena cara.

—Solo estoy preocupada. Me acaba de comentar Eusebio el motivo por el que algunas personas están presas aquí.

—¿Es la primera vez que trabajas en una cárcel?

—Sí. No sé si lo podré llevar muy bien.

—Aguantarás, no sé si eso es bueno o malo, aunque aguantarás, eso, al principio, nos ha pasado a todos, incluso a los presos también, es como marearse en un barco.

—Pero los delitos son graves, parece gente terrible.

Jana no me respondió, me miró con una mueca de incredulidad y me dejó allí en medio del pasillo. Estaba convencida de que la conocía de algo, no era un recuerdo muy reciente, pero era una cara y un gesto que no podía olvidar. Y, bueno, tenía que empezar a preocuparme por los presos, ese era mi trabajo principal y, si no era capaz de hacerlo, tenía que presentar mi renuncia al director y marcharme rápido de allí. No, eso no lo podía hacer, me había cos-

tado mucho llegar hasta ese puesto y ahora no podía tirar la toalla, al fin y al cabo, todos los trabajos tienen su parte mala.

Apretando los puños, me dirigí a Martín y le pedí que me acompañara hasta la celda de Castor.

—¿Está usted segura de eso señorita?

Solo mi mirada le sirvió de contestación e, inmediatamente, abrió el acceso de la galería del módulo de presos y entramos allí.

Se trataba de una gran nave de una planta con celdas-habitaciones a uno y otro lado, separadas del ancho pasillo principal por una pared reja. Conté quince habitaciones en cada uno de los lados. Las celdas eran profundas, de unos ocho metros o más y, en la parte final de estas, había un tabique de pavés que debía cerrar visualmente la zona más íntima y el baño individual. Había un recluso por celda y muchas de ellas estaban desocupadas. Castor estaba en la cuarta del lado izquierdo y, a su derecha, había una mujer; a su izquierda nadie.

—Quiero hablar contigo. ¿Puedo pasar?

Me contestó con un gesto afirmativo con la cabeza, no pronunció ninguna palabra y Martín, que también lo vio, le pidió que se fuera al fondo de la habitación y me abrió la puerta.

—¿Quiere que me quede aquí, señorita?

—No, Martín, salga de la galería, yo le avisaré cuando quiera salir.

—Está bien, pulse ese botón rojo si quiere llamarme.

Me pareció mejor para ganarme la confianza de Castor, prescindir del vigilante, que no sintiera la presión del control y él, con la mirada, me lo agradeció.

—Hola, quería conocerte. ¿Cómo estás?

Se acercó a mí como un niño bueno, con su mano me rozó la mía y, después, me miró, pero no me dijo nada.

—¿Cómo te llamas?

—Ya lo sabes, te lo dije la otra noche, me llamo Castor.

Joder, estaba claro que se refería al sueño que tuve en casa, me temblaban las piernas al escucharlo, pero aun así continué.

—Pero dime tu nombre completo, con apellidos.

Esta vez no contestó, pero su mirada estaba como iluminada y sonreía bobamente. No fui capaz de sacarle una sola palabra, me seguía mirando y sonriendo, pero nada más. Una voz femenina sonó a su derecha y me acerqué.

—No vas a conseguir sacarle nada más, Elda. No habla, solo te saluda y poco más, es como si no supiera decir más que alguna frase hecha.

Aquella voz era de Ana Goich, su vecina de celda, tenía un fuerte acento argentino.

—Eso no es cierto —respondió Castor—. Sin embargo, ella nunca me va a poder oír.

Me sorprendió mucho aquello y miré hacia él, que seguía en su misma actitud, aunque le escuchaba sin verle mover los labios.

—Y dile a la Goich que puede follar lo que quiera con Davor, pero que no hagan tanto ruido, que yo por la noche tengo que dormir.

—Puedes comunicarte conmigo, aunque sin pronunciar palabras, respóndeme, entonces. ¿Cómo te llamas? ¿De dónde eres?

—Me llamo Castor, solo eso, Castor. Y estoy aquí, solo eso, también.

—Está bien, no voy a insistir. ¿Qué tal estás aquí?

—Por el momento estoy bien, Elda, más adelante, no lo sé.

—¿Te molesta que venga a verte?

—No, todo lo contrario, ven cuando quieras, aunque no hace falta que estés aquí para comunicarme contigo, tú ya lo sabes.

—O sea que es cierto que entraste el otro día en mi propio pensamiento, cuando estaba en mi casa.

—¿Aún lo dudas?

—Bueno... reconoce que no es muy normal, y menos a esa distancia.

—Ya te dije que tenía esta facultad.

Apreté el botón rojo y, en un minuto, estaba Martín abriéndome. Ana Goich se acercó hasta la reja y se dirigió de nuevo a mí.

—¿Cuándo me vas a visitar a mí, Elda?

—Pronto, muy pronto, déjame que me organice.

—¿Y por qué has tenido que estar antes con este subnormal?

—No es ningún subnormal, no le insultes, es simplemente diferente a ti. No tengo ninguna preferencia, Ana, simplemente tengo que empezar por algún sitio.

Había intentado en todo momento que ella no escuchara mi conversación con Castor. Por parte de él no había problema, porque no hablaba para comunicarse; por la mía sí, pero había empleado un tono muy bajo y lo más dentro que pude de su celda.

—¿Quién es Davor, Martín?

—Es uno de los funcionarios que se queda por la noche, también están en ese turno Cruz y Argüello.

—¿No os cambiáis los turnos?

—Normalmente, no, llevamos mucho tiempo así. ¿Quiere salir ya, señorita?

—No, quiero ver ahora a Víctor Mas, lléveme a su celda por favor.

El funcionario cruzó el pasillo, que tenía más de diez metros de anchura, y me llevó hasta el final de la nave. Un hombre alto y de mediana edad nos miraba pegado a los barrotes de la reja, vestía un mono de color verde que se mantenía limpio e impecable. Retrocedió cuando llegamos a su celda, sin esperar a que Martín le dijera nada.

—Le digo lo mismo que antes, cuando quiera, aprieta el botón rojo y me llama.

Le despedí con una sonrisa, que mostré después al preso, y este me correspondió con otra muy parecida.

—Buenos días, Víctor. ¿Qué tal estás?

—No tan bien como tú, Elda, pero no me puedo quejar, estando las cosas como están.

—Está bien, me preguntó por ti el otro día un conocido tuyo, un abogado. Carlos Ruiblas, ¿te suena?

—No, no me suena de nada. ¿Seguro que era yo?

—Quizás no lo recuerdes, pero creo que intervino en tu proceso. Es alto y con unas gafas negras muy características.

—Te aseguro que no le conozco y en mi proceso, desde luego, no había nadie así. ¿No querría quizás ligar contigo y me utilizó a mí para eso?

—No me parece serio lo que dices, conocía perfectamente tu nombre. Está bien, dejemos eso. ¿Hay alguna cosa o alguna actitud de alguien que te resulte molesta aquí, Víctor?

—No lo suficiente para quejarme.

—Piensa que puedes pasar mucho tiempo en este lugar.

—Bueno, a mí me gusta mucho leer y aquí tienen una buena biblioteca. Mira, estos dos libros son de allí.

—Mmm... Cela y obras de teatro de Calderón de la Barca, te gustan los clásicos.

—Me gusta todo y el fútbol también, veo los partidos del Barça en la sala, con Popeye y con Emilio Martínez, ellos también son aficionados.

—Está bien eso. ¿Eres de Barcelona, Víctor?

—No, soy de Lleida, pero siempre tuve mucha afición por el Barça... Jopé, Messi, menudo jugadorazo.

Por el día de hoy ya tuve suficiente, no fue tan dramática la cosa, me lo esperaba peor. Abrí dos fichas propias y empecé a rellenarlas con aquellos aspectos que consideré importantes en las dos personas visitadas. Después, fui a ver al director, a Geren, que se encontraba en aquel momento en su despacho. No me recibió con cara demasiado amable, aun así, entré y me senté en la única silla que tenía enfrente. Hacía frío allí, bastante más que en mi pequeño despacho.

—¿No tienes frío aquí?

—Tengo apagada la calefacción, me agobia demasiado. Quizás tengas razón, la encenderé un poco para que se temple esto y la volveré a apagar en una hora.

Se levantó de su silla,, se agachó junto a un radiador y giró una pequeña palanca. Me sorprendió entonces su altura, no sé si llegaría a medir uno sesenta.

—¿Has visto ya a los presos?

—He visitado hasta ahora solo a dos: A Castor y a Víctor Mas.

—Ese muchacho, Castor, es un problema, no dice nada, va por ahí como un fantasma.

—Es raro, pero no me parece problemático. Ya veremos. ¿Cómo se comportan?

—Bien, no tengo problema con ninguno de los dos.

Cuando me refugié en mi habitación, al final del día, llamé por el móvil a Ernesto y, después de hablar con él un buen rato, le pedí que se pusiera Sacha, su mujer, al teléfono, quería preguntarle por el misterioso Carlos Ruiblas, que decía conocer al preso Víctor Mas, y que este me contaba hoy que no le conocía de nada. No tardó casi nada en hacerlo.

—Mira Sacha, quería comentarte algo ¿Tú recuerdas a un hombre alto y con gafas negras, así como muy características, y que se llamaba Carlos Ruiblas?

—¿Ruiblas? No he oído ese nombre en mi vida.

—Estaba en el cumple de Ernesto el otro día. Estuvo conmigo un rato y viniste tú y te lo llevaste un poco antes de que entrara Ernesto con su hermano Javi.

—Sí, recuerdo que te vi y te saludé, pero creo que no estabas con nadie. Y luego te fuiste a una mesa y dejaste la cerveza casi sin probarla, en eso sí me fijé porque me hizo gracia, pero yo diría que estabas sola, tía, completamente sola.

—Joder, me vais a volver loca. Pregúntale a tu chico si conoce a ese tío por el nombre.

La buena de Sacha me hizo caso, y le preguntó a Ernesto, que, por lo que parecía escuchar, estaba a su lado, pues oí perfectamente que le decía que no.

Me metí en la cama inquieta, había visto varias cosas hoy que no me dejaban en paz, parecía que intentaban jugar conmigo y eso no me hacía ninguna gracia. Y lo que menos gracia me hacía era el que no las pudiera controlar. Di muchas vueltas antes de lograr dormirme del todo y, aun así, me desperté inquieta y sobresaltada

varias veces a lo largo de la noche. Eso no podía ser así, estaba mi salud en juego, así que, o me lograba controlar, o mandaba a paseo aquel maldito trabajo y me marchaba de allí.

